

LOS PINTORES DEL DÍA DE MAÑANA

Por M. A. GARCIA VIÑOLAS

La obra de un pintor no se conoce hasta que él mismo considera que ya puede darse a conocer. Por eso no asistimos nunca al espectáculo sincero de las primicias de un pintor, porque su verdadero principio, vacilante y tierno, se queda oculto detrás de los cuadros que nos enseña.

Ese principio es la lucha de la vocación por abrirse paso, por no quedarse destimbrada, por desasirse de todo lo que amenera una obra, de lo que se adhiere a ella cuando el autor tiene todavía la ternura del entusiasmo virgen. Y esa lucha del pintor antes de aparecer es precisamente lo que queremos conocer aquí. No importa que haya en este principio muchos errores, porque una de las fórmulas para conocer a un pintor es ver los errores en que ha caído. Sin esos lienzos torpes que los pintores dejan atrás, sumidos en la sombra como apuntes irreflexivos, no podremos explicarnos luego el proceso de madurez que ha tenido su obra. Si antes de llegar al «Greco» de «El expolio» no pasamos los ojos por ese otro lienzo que guarda el palacio de la Señoría de Florencia, un lienzo tenebroso, como un Tintoretto corrompido en el que Domenico Theotocópuli pintó esclavos negros y jugosas frutas a la manera veneciana, no podremos entrar en la obra del «Greco», que alguien ha entendido como un fenómeno cósmico, sin explicación posible, cuando en realidad se entiende como la obra de un oriental convertido al occidente por Castilla.

Vamos a sorprender a estos pintores jóvenes en el principio de su obra. Casi todos ellos habitan todavía la casa de sus padres; no han celebrado Exposiciones ni han merecido de la Diputación de su provincia ese premio, generalmente miserable, que les trae a Madrid. Ellos pintan todo lo que se pone ante sus ojos: un árbol, un rincón de su calle o una novia; pintan la ventana de su cuarto y el amigo que va con ellos a todas partes. Son pintores que todavía se llaman alumnos de alguien y que tienen ojos aun para mirar lo que hacen otros. Van por academias y museos, pasan por escuelas, se influyen de maestros y de vez en cuando se detienen ante un cuadro que les dice un secreto. Luego siguen en busca de sí mismos, hasta dar con la fórmula de la propia personalidad.

Yo no sé si la Fama tomará nota de alguno de los nombres que vamos a pronunciar aquí. No sé si estos muchachos buscarán algún día la información que les dedica VERTICE para destruir el recuerdo de sus primeros pasos o para recordar a solas, perdida ya en el tumulto de la vida su primitiva vocación, que un día quisieran ser pintores. Yo no lo sé ni quiero predecirlo. Pero, en todo caso, esta es la pintura primera de unos muchachos que empiezan a pintar.

EL PINTOR JUAN BARBA

I

Juan Barba Penas, hijo de Francisco y de Aurea, nació en Madrid el año 1915. La familia habitaba una casa en la calle del Príncipe; pero, a la muerte del padre, la señora Aurea y sus hijos fueron retirándose de allí, buscando las orillas de la ciudad donde poder asirse mejor; hasta que se detuvieron en una colina del barrio de Usera. De este trasiego de fortuna le quedó a Juan Barba un silencio que guardar, ese grave silencio que tienen los hombres a quienes la vida les dejó, de niños, con la palabra «felicidad» en los labios.

Mirada desde el barrio de Usera, la ciu-

dad es ajena a nosotros, algo que podemos mirar porque no nos tiene dentro. Aquí, en Usera, todavía se pisa tierra, que ya no es la tierra virgen del campo, pero que no es todavía el cemento de la ciudad; una tierra de escombros o ruinas. Aquí, el día comienza con el sol y acaba con la luna; y la noche levanta de la ciudad un rojo resplandor demoníaco que ahuyenta a las estrellas. Pues de todo esto hay en la obra de Juan Barba; porque su pintura no es ciudadana ni es campesina, no es dura ni es amable, no es cerebral ni es romántica. Juan Barba lee la Biblia, al anochecer, mirando de vez en cuan-

do a la ciudad, y su pintura nace de allí, como un niño que tuviese mil años, ingenua y profunda a la vez.

Juan Barba lleva dentro de sí un mundo complejo. Ha metido en un mismo talego el Bien y el Mal, pedazos de oro y recortes de periódico, casullas y trapos viejos. Tengo la impresión de que Juan Barba podría pasar mil años sin salir de sí mismo, registrando su paisaje donde no llega el sol, y que para mirar otras cosas que tiene la vida, necesitará ponerse en camino como cuando quiere ir a la ciudad desde las colinas de su barrio de Usera.

—Cada uno pinta lo que más le gusta—me



Juan Barba (Autorretrato)



dice—; yo pinto las gentes que me gustaría tratar y el paisaje donde iría de buena gana a vivir.

Si esto es así, a Juan Barba tendremos que ir a buscarle a la puerta de un convento de frailes capuchinos, entre los pobres que aguardan al sol a que un hermano lego salga a llenarles de sopa la escudilla. Porque su mundo es la ruina de un viejo monasterio invadido por una extraña gente que lo habita a la buena de Dios; en este mundo de Juan Barba hay un río por donde ya no baja el agua, pero que tiene charcos de las lluvias últimas para que los pobres puedan detenerse a beber. Allí está Juan, apurando un cigarrillo que se hizo con unas hierbas secas; y si un día los dioses le encuentran y le asisten y le sientan a su mesa, Juan irá llevando su escudilla de barro para que también le sepa a pobre el banquete divino.

*

Juan Barba está casado con María de los Angeles del Río; es tan joven su mujer, que Juan envejece junto a ella. Algunas tardes vienen los dos a mi casa:

«La predicación del Santo». (Colección de García Viñolas)